

Fragancia de jazmines

Por Francisco AYALA

Dibujos de Alberto GIRONELLA

¿A qué edad puede considerarse viejo un hombre? ¿A qué edad es uno lo que se dice viejo? Así yo meditaba en tanto me afeitaba esta mañana misma, cuando de pronto caí en la cuenta de que los compases entreoidos y medio escuchados que llegaban desde una radio lejana eran los de aquel que solía ella complacerse en llamar "nuestro" bolero. Tardé un poco en reconocerlo; hacía rato que pugnaba por atraer mi atención como un niño tímido y porfiado, y yo no terminaba de reconocerlo. Pero sí, claro: era *Fragancia de jazmines*, nuestro bolero. Por aquel entonces esa pieza estaba en plena boga, y a ella le gustaba muchísimo; quién sabe qué fibras tan sensibles haría vibrar en su alma. Le divertía cantarme (a la vez que me miraba de soslayo con intención juguetona) sus promesas trémulas de amor eterno —¡jamás, jamás!—; y yo me burlaba cariñosamente, y ella fingía enojarse de mi incredulidad fingida.

Ahora ya casi nunca tocan nuestro bolero, ya nadie lo canta, ha pasado de moda, hay otras tonadas, y todo está medio olvidado ya. Así, cuando esta mañana —mientras meditaba yo, afeitándome ante el espejo— quiso inesperadamente llegar de nuevo a mi oído su melodía dulzona, me costó algún trabajo reconocer en él la voz amiga —¡tan parecidas son todas esas melodías con su invariable patetismo sentimentalón!...

¿A qué edad es uno un viejo? De pronto, distraído como estaba en mis vagos pensamientos, sentí dentro la punzada agri-dulce: ¡Jamás, mi amor, jamás te olvidaré!; y a partir de ese instante los fantasmas traviesos de nuestro pasado, un eco de tu risilla inocente y pícaro, la gardenia blanca sobre aquel vestido tuyo de seda carmesí, los gruesos rizos negros, pesados como racimo de uvas sobre la tersa blancura de tu frente, el cuidado absorto con que te pulías las uñas cuando estabas enojada y querías disimularlo, y tantas otras escenas de nuestra costumbre clandestina acudieron en tropel a mi memoria. ¿A qué edad es uno ya viejo? "Tú no eres todavía ningún viejo; te prohíbo que vuelvas a repetirlo", creí oírte replicarme una vez más con el cómico ceño fruncido y el rigor de una dulce severidad en tus preciosos ojitos azules.

Pero de entonces acá han pasado cinco años más: cinco años más han pasado. Para sorpresa mía, cuando esta mañana el irónico *Jamás, jamás* de una radio vecina vino a despertar esas memorias adormecidas, y me puse a echar cuentas y repasé fechas, pude comprobar que hoy precisamente (¡qué casualidad!; precisamente hoy) se cumplen los cinco años de nuestra separación. Tal día como hoy fue, hace cinco años, sí; hoy es el aniversario... ¿Dónde estarás, corderito mío? —Yo la llamaba corderito porque sus ojos, aunque celestes, eran —son— muy redondos, muy vivaces y muy tiernos, como los de un cordero; y su frente, ancha, tenaz; y su cuerpo, pequeño, lleno, tibio, gracioso. ¡Pobre corderito mío! Me pregunto si acaso ella no habrá recordado también hoy este aniversario; si no habrá venido a recordarle nuestras horas de abandono, y de amor, y de caricias, alguna canción de aquel tiempo, quizás esa misma *Fragancia de jazmines*, ¿por qué no?; u otra cosa cualquiera, quién sabe: el ruido de unos pasos en la calle, o un aguacero repentino como el que estaba cayendo, cinco años hace, en el momento en que ella se metía en su automóvil y se alejaba para siempre de mí sin tan siquiera volver la cara.

Se fue sin haber vuelto la cabeza siquiera. ¡Bien hecho! ¿Acaso no era asunto concluido? Pues ¡asunto concluido! Seguramente se iba odiando al mundo entero, y tal vez odiándose a mí por estar en ese mundo que odiaba. O a lo mejor es que la pena le apretaba la garganta, igual que a mí, y no se quiso arriesgar a echarme una mirada última de despedida antes de meterse en el auto, sabiendo, como lo sabía, que yo estaba viéndola partir y que ansiaba —aunque también la temía— esa mirada última. O sencillamente la violencia del aguacero no le permitió pensar en otra cosa que en ponerse a cubierto. Así es que me quedé muy desconsolado, pese a mi temor de que una mirada última nos pudiera llevar a un nuevo abrazo y ese abrazo significara (cómo lo hubiera significado: ¿a qué engañarse?) cambiar la cruel resolución que tanto trabajo nos había costado adoptar. Pues la verdad es que nos encontrábamos ya en el límite, y no cabían más postergaciones; ya no había plazo posible: si al siguiente día no tomaba el avión yo solo, tendríamos que escaparnos los dos juntos, rompiendo con todo. Más

plazo, ya no cabía. Nuestro secreto había trascendido: bien fácil era leerlo en las ojeadas reticentes de todos los conocidos alrededor nuestro. Hasta su Otelito empezaba a soliviantarse sin que bastaran las artes engañosas de ella para apaciguarlo.

—“Él”, ¿sabes, bien mío? —le llamaba siempre Él; así es como designaba siempre mi corderito a quien yo, por mi parte, solía nombrárselo como “tu Otelito”. Él, ¿sabes?, está poniéndose insufrible. A veces ¡mira! lo mataría; y a veces me llega también a dar lástima. Me da lástima porque, el pobre, es bueno y me quiere. Si no me quisiera tanto ¿cómo iba a soportar esto? Ya son más de tres meses que no le dejo acercarse a mí, primero con tal o cual pretexto y, luego, cuando ya eran demasiados dolores de cabeza, diciéndole por fin con todas sus letras, como tú sabes muy bien que se lo he dicho, que, la verdad, no puedo porque... lo siento mucho, pero he dejado de quererlo, y no, y no, y no.

—Te preguntará él por qué has dejado de quererlo.

—Sí, claro; pero ésa es una pregunta idiota. Una deja de querer a alguien porque sí; no hace falta razón ninguna.

—¿Yo no soy una razón, entonces?

—¡Tonto! —se reía.

—Y dime, corderito, ¿él no sospecha? Sospechará que algo ocurre.

—Sospecha, sí. Vaya si sospecha. Yo le digo: “No irás ahora a venirme con celos. A ver: ¿de quién tienes celos?, le digo. Lo provoqué así; y no me contesta; suspira y no me contesta; no se atreve. Le dará vergüenza confesar que tiene celos. Pone ojos de carnero degollado, y entonces me entran más ganas todavía de atizarle un palo en el testuz.

—Entre los cuernos, ¿eh?

—No seas así; no seas tan malo, querido. No digas esas cosas. El pobre me da muchísima lástima. Y la verdad es, ¿sabes?, que él me quiere más que tú.

Si la quería más que yo o no, eso no lo sé. Sé que él, su Otelito, era joven y buen mozo; que tenía ante sí un porvenir brillante, y que aun con sus recursos actuales le proporcionaba un nivel de vida, comodidades y lujos, que yo jamás hubiera podido ofrecerle. Y siendo así, cada vez que contemplábamos la perspectiva de cometer una barbaridad, liarnos la manita a la cabeza y, a costa de un formidable escándalo, romper con todo lo que fueran trabas para la felicidad completa de nuestro gran amor, me esforzaba yo por hacerle ver las cosas bajo la luz fría de la razón, no para disuadirla ni desanimarla, sino para que el paso, si llegábamos a darlo, fuera con una conciencia clara de sus consecuencias todas, y muy resueltos a afrontar los ineludibles sacrificios.



—Para mí, imagínate, corderito, no hay en ello sino ventajas. Yo ¿qué más puedo apetecer sino tenerte conmigo día y noche, siempre, siempre, noche y día juntos, mi corderito lindo y yo? Nada pierdo, y lo gano todo. Pero tú sí que tienes que pensarlo muy bien antes de decidirte. Esa casa tuya tan bien puesta y que te gusta tanto, los muebles que compraste con enorme ilusión cuando ibas a casarte y que te enorgullece ver admirados y envidiados por quienes te visitan, tu instalación magnífica de *high fidelity*, el proyector, todo eso... ¡despídetelo! ¡despídetelo para siempre! Lo dejarías atrás, y dejarías atrás al grupo mismo de la gente amiga, esos matrimonios jóvenes, los compañeros de tu Otelio y sus esposas, el círculo de las relaciones comunes, para quedarte, como oveja apestada, sola conmigo, en un rincón aparte.

Yo sabía cuánto le importaban todas esas cosas. Y era natural que le importaran mucho. Su vida estaba llena de satisfacciones, era lo que se llama una vida lograda y completa cuando vine yo a irrumpir en su esfera. Recuerdo la ocasión en que por vez primera nos encontramos: alguien me llevó a su casa donde estaba celebrándose una de esas reuniones medio sociales, medio profesionales (creo que para festejar un ascenso recién obtenido por Otelio, a quien yo aún no conocía), y caí allí, en una atmósfera ya bastante caldeada por las bebidas, como un extraño entre amigos, un hombre al que, si más no fuera, por su edad se le debía cierta circunspección, y que, estando de paso en el país, atraía una atención curiosa de los otros. Dije a la encantadora dueña de casa alguna cortesía, y la vi ruborizarse de placer. Como joven esposa, se complacía —cualquiera hubiera podido darse cuenta— en su casa bonita, en su papel de dueña y anfitriona, en los amigos reunidos allí con tan ostensible alegría, y hasta de la presencia inesperada de este forastero —yo— que uno de ellos le había llevado; de este señor que, en aquel momento del saludo, reteníendole un poco la mano, exageraba lo feliz de la oportunidad y ponderaba el gran honor, etcétera. Escaparse ahora, a los pocos meses de habernos conocido, conmigo, con aquel señor forastero que le hiciera ruborizarse de gusto elogiándole el muy exquisito con que su casa estaba montada, era tanto como abandonar esa casa, y todo lo que esa casa representaba, dejándose atrás el mundo en que hasta entonces había sido dichosa. Y esto ¿a cambio de qué? Pues a cambio de una vida estrecha y desordenada, que a mucha gente podría parecerle hasta sórdida, siempre en ambientes no muy distintos al de ese mismo cuarto de hospedaje donde acudía ella a visitarme dos o tres y aun cuatro veces por semana: una habitación sin más muebles que la cama, una mesita sobre la que se apilaban mis escasos libros, y el armario con toda mi ropa colgada de tres perchas. Eso o poco más —le hacía ver yo— era cuanto podía esperar de mí; eso era todo lo que podía prometerse de vivir conmigo. ¿Lo había pensado? ¿Se daba cuenta?

—Sí, será verdad; pero ¡vivir al lado tuyo!— ponderaba, apretando contra mi pecho su cabeza, cuyos rizos hermosos me divertía yo en peinar suavemente con mis dedos. —A tu lado, así —ponderaba—; así para siempre.

—¿Para siempre? Ni siquiera eso, querida; para unos cuantos años, muy pocos. Después de unos pocos años ¡se acabó! ¿No piensas tú, corderito mío, en la diferencia de edad que nos separa?

—¡Que no pronuncies esa palabra! Nada nos separa; nada podrá nunca despegarme de ti —exclamaba, vehemente. Y con obstinación, apretaba su frente desnuda contra mi pecho.

Pero insistía yo:

—Tus amigas, lo sabes muy bien, van a hacerse cruces: ¡disparate semejante! ¡y con un viejo!

—Te prohíbo, ¿me oyes?, que vuelvas a decir eso —protestaba, gritaba casi—. Eso no es verdad. Detesto oírte decir. Tú no eres ningún viejo.

—Para tus ojos cariñosos no lo seré; pero, dime, ¿cómo han de verme los ojos de la malevolencia ajena? ¿No te zumban ya los oídos con la rechifla? Imagínate los comentarios.

—¿Y qué me importa a mí? ¿Qué me importa?

Pero ¿cómo no había de importarle? Se quedó muy callada, y al cabo de un rato sentí correr sobre mi pecho algunas lágrimas calientes deslizándose hacia el costado. ¡Pobre corderito! De seguro, en su mente acosada por mis reflexiones estaba pintándose el cuadro de un triste futuro donde, a las penalidades de una vida sacrificada por amor, hubiera venido a juntarse la inevitable miseria física de los años.

—¿Para qué me dices esas cosas? Siempre adelantándose a las desdichas, ave de mal agüero, como si acaso pudiera uno



saber jamás... ¿O es que lo que quieres tú es terminar conmigo? Porque si lo que quieres es eso, más valía que, francamente...

Le tapé la boca, ¡corderito inocente!; pero ella retiró la cabeza, y continuó:

—Dime, vamos a ver: ¿es que tú has estudiado para fraile?; porque deberías salir a predicar por ahí: lo haces muy bien.

Como de costumbre, nuestras amarguras se disolvieron esa vez en risa. Pero lo cierto es que yo no estaba dispuesto a echar sobre mí la responsabilidad del tremendo disparate, y por eso le representaba implacablemente todas sus consecuencias, demasiado previsibles e inevitables, ¡ay! Habíamos llegado al fondo de un callejón sin salida, estábamos arrinconados. El escándalo iba a producirse: era indefectible, era inminente ya. O precipitar, pues, la explosión a la vez que salíamos corriendo para ponernos fuera de su alcance o, si no, irme yo por donde había venido, y quizás de ese modo la tormenta pasaba de largo sin descargar sobre nuestras cabezas.

—Tú no me das ánimos. Tú me echas siempre un jarro de agua fría. Tú lo que no quieres es cargar conmigo. Tú te lo piensas todo, todo lo calculas —me reprochaba—. Si de veras me quisieras como te quiero yo a ti...

—Demasiado bien sabes cuánto te quiero. Te quiero quizás más que tú a mí; más, seguramente. Lo que pasa es que, claro está, te quiero a mi manera. Y ya comprenderás cuál puede ser mi manera. No te olvides de que ya no soy...

Ahora era ella quien, con una expresión de dolor en su cara, casi una mueca, me tapaba la boca: "¡Que no!"

Pero finalmente tuvo que rendirse a la razón. Por poquito que yo la hubiera animado... Tuvo que rendirse a la razón, y decidimos, sin más, cortar por lo sano.

En nuestra última entrevista, la de nuestra despedida, le regalé una cruccita de granates: me juró que, así viviera mil años, hasta la hora de su muerte habría de llevarla colgada del cuello. "Como un voto", dijo.

Aquel día sus besos tenían el sabor salino de las lágrimas, y sus suspiros expresaban más sufrimiento que placer. Cuando por fin vi que, tras una triste ojeada al reloj, comenzaba a vestirse repitiendo, distraída, los gestos habituales, ni sé cómo pude sofocar mi congoja. Alguna vez, en la alegría de la playa, ese cuerpo querido que era en secreto mío; ahora, en la penumbra de mi habitación, lo veía cubrirse, separarse, desprenderse de mí, hacerse ajeno; y dentro de unos instantes ya estaría para siempre fuera de mi vida.

¡Doloroso desgarrón! Otros cinco años han volado desde entonces; cinco años más: hoy se cumplen. Casualmente ha venido a recordármelo una pieccecita hace tiempo pasada de moda: nuestro bolero *Fragancia de jazmines*... La amputación fue terrible, pero —hay que confesarlo— necesaria. Hoy, ya, la herida no duele. Tan cruel cirugía evitó su momento —¿qué duda cabe?— la amenazadora gangrena de los años y desengaños, dejándonos —a mí, y supongo que también a ella—, no tristes recuerdos del placer perdido, sino una memoria melancólicamente dulce de aquellos días tan felices.